

León Tolstoi - Infancia, adolescencia y juventud

INFANCIA

CAPÍTULO I

El profesor Karl Ivanovich

El 12 de agosto de 18... , precisamente tres días después de mi cumpleaños —había cumplido diez y me habían hecho regalos maravillosos—, a las siete de la mañana, Karl Ivanovich me despertó al golpear una mosca por encima de mi cabeza con un matamoscas de papel.

Lo hizo de un modo tan torpe, que enganchó la imagen del ángel que colgaba en la cabecera de la cama de roble, y la mosca me cayó en la cabeza.

Asomé las narices por el embozo, detuve con la mano la imagen que seguía balanceándose, eché la mosca muerta al suelo y lancé una mirada a Karl Ivanovich con ojos adormilados, aunque llenos de enojo.

El profesor, que llevaba una bata multicolor acolchada ceñida con un cinturón de la misma tela, un gorrito rojo de punto con una borla, y calzaba botas de cabritilla, seguía paseando junto a las paredes, apuntaba a las moscas y las mataba.

«Admitamos que soy pequeño —pensé—, pero ¿por qué me molesta? ¿Por qué no matará las moscas junto al lecho de Volodia? ¡Con las que hay!

Pero no, Volodia es mayor que yo; soy el más pequeño de todos, por eso me tortura.

No hace más que pensar en la manera de darme un disgusto —susurré—.

Ve perfectamente que me ha despertado y asustado, pero hace como si no se hubiese dado cuenta...

¡Qué hombre tan repugnante!

¡Hasta su bata, su gorrito y su borla son repugnantes!»

Mientras mentalmente expresaba mi irritación contra Karl Ivanovich, este se acercó, miró el reloj que pendía sobre mi lecho en un zapatito bordado de abalorios, colgó el matamoscas en un clavo y se dirigió a nosotros en el mejor estado de ánimo, según parecía.

—"Auf, Kinder, auf... s'ist Zeit. Die Mutter ist schon im saal"— exclamó, con su bondadosa voz de alemán.

Luego, acercándose a mí, se sentó a los pies de la cama y sacó la petaca de bolsillo.

Finjé dormir.

Karl Ivanovich aspiró rapé, se sonó y, tras chasquear los dedos, se ocupó de mí.

Riéndose, empezó a hacerme cosquillas en los talones.

-"Nu, nun, Faulenzerl!"- añadió.

Aunque temía mucho las cosquillas, no salté de la cama ni le contesté.

Limitándome a ocultar más la cabeza bajo las almohadas, di puntapiés con todas mis fuerzas y traté por todos los medios de contener la risa.

«¡Qué bueno es y cuánto nos quiere!

¡Y he sido capaz de pensar tan mal de él!»

Me sentí enojado contra mí mismo y contra Karl Ivanovich;  
Tuve deseos de reír y de llorar:  
mis nervios estaban alterados.

-"Ach, lassen Sie, Karl Ivanovich" - exclamé con lágrimas en los ojos, asomando la cabeza por debajo de las almohadas.

Karl Ivanovich se sorprendió y, dejando en paz las plantas de mis pies, me preguntó qué me pasaba, si había tenido pesadillas...

Su bondadoso rostro alemán y el interés que ponía en averiguar el motivo de mis lágrimas las obligaron a deslizarse más abundantemente.

Me sentía avergonzado.

No comprendía cómo había podido no querer a Karl Ivanovich un momento antes, considerando repugnantes su bata su gorro y su borlita.

Ahora, por el contrario, todo aquello me resultaba muy agradable; hasta la borlita parecía una demostración evidente de su bondad.

Le dije que lloraba porque había tenido un mal sueño:  
había muerto "maman" y la llevaban a enterrar.

Me lo había inventado, ya que no recordaba en absoluto lo que había soñado aquella noche.

Pero cuando Karl Ivanovich, emocionado por mi relato, trató de consolarme y apaciguarme, me pareció que había tenido en realidad aquel terrible sueño, y las lágrimas fluyeron por otro motivo.

Una vez que Karl Ivanovich me dejó y me incorporé en la cama para ponerme las medias en mis pequeños pies, el llanto disminuyó algo, pero no me abandonaron los pensamientos sombríos acerca del sueño inventado.

Entró el criado Nikolai;  
era un hombrecillo pequeño, muy limpio y ordenado, siempre serio y digno, gran amigo de Karl Ivanovich.

Nos traía los trajes y el calzado.

Volodia llevaba botas y yo, en cambio, unos insoportables zapatos con lacitos.

Me hubiera dado vergüenza llorar en presencia de Nikolai.

Además, el sol mañanero iluminaba alegremente las ventanas, y Volodia, remedando a María Ivanovna, (la institutriz de nuestra hermana) reía a carcajadas tan de buena gana inclinado sobre el lavabo, que hasta el serio Nikolai, con una toalla al hombro, el jabón en una mano y el jarro en la otra, le dijo sonriendo:

—Basta, Vladimir Petrovich. Haga el favor de lavarse.

Con esto me puse contento.

—"Sindsiebald fertig" —resonó la voz de Karl Ivanovich desde la sala de estudios.

Su voz era severa, ya no tenía aquella entonación de bondad que me había emocionado hasta hacer que se me saltaran las lágrimas.

En la sala de estudios, Karl Ivanovich era un hombre completamente distinto:  
era el preceptor.

Me vestí rápidamente, me lavé y con el cepillo en la mano, alisándome los cabellos mojados, acudí a su llamada.

Karl Ivanovich, con los lentes puestos y un libro entre las manos, se hallaba sentado en su sitio habitual, entre la puerta y una pequeña ventana.

A la izquierda de la puerta había dos estantitos:  
uno era nuestro, el de los niños, y el otro de Karl Ivanovich, de su "propiedad".

En nuestro estante había libros de todas clases, unos de estudio y otros no;  
algunos colocados verticalmente y otros caídos.

Sólo dos grandes tomos de "Histoire des voyages", encuadernados en rojo, se apoyaban majestuosamente en la pared;  
los seguían libros gruesos, grandes y pequeños, cubiertas sin libros, y libros desencuadernados.

Allí metíamos todo lo que se nos antojaba cuando Karl Ivanovich nos mandaba, antes del recreo, que ordenáramos la biblioteca, como solía llamar de modo altisonante ese estantito.

La colección de libros del estante de su "propiedad" no era tan grande como la del nuestro, pero sí más variada.

Recuerdo tres de ellos:

un folleto alemán sobre el abono de los huertos de coles, sin encuadernar;

un tomo de Historia, de la Guerra de los Siete Años, encuadernado en pergamino, con una esquina quemada, y un método completo de Hidrostática.

Karl Ivanovich se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo; hasta se había estropeado los ojos, pero no leía más que estos libros y "La Abeja del Norte"[1].

-----  
[1] Publicación periódica de la época.  
-----

Entre los objetos que había en su estante, uno me lo recuerda más vivamente que ningún otro.

Era un disco de cartón, puesto sobre un pie de madera que giraba por medio de una clavija.

En aquel disco había una caricatura que representaba un peluquero y una señora.

Karl Ivanovich era muy habilidoso, había hecho esa pantalla con objeto de preservar sus débiles ojos de una luz demasiado viva.

Me parece ver aún ante mí su alta figura con la bata de algodón y el gorrito rojo del que asomaban sus cabellos ralos, grises.

Lo veo sentado ante la mesita en que está la pantalla, con la estampa que proyecta sombra en su rostro; con una mano sujeta el libro; la otra descansa en el brazo del sillón; junto a él hay un cazador pintado en la esfera, un pañuelo a cuadros, una petaca negra, redonda, el estuche verde de sus lentes y unas pinzas en una bandejita de mimbre.

Las cosas están colocadas en su sitio con tanto orden y esmero, que sólo por eso puede deducirse que Karl Ivanovich tiene el alma y la conciencia tranquilas.

A veces, cuando estaba harto de correr por la sala de abajo, subía de puntillas, furtivamente, al cuarto de estudios.

Veía a Karl Ivanovich sentado en la butaca leyendo con expresión tranquila y majestuosa alguno de sus libros preferidos.

A veces, lo sorprendía en un momento en que no leía: tenía los lentes en la punta de la gran nariz aguileña y sus ojos azules entornados reflejaban una expresión especial, mientras sus labios sonreían tristemente.

Reinaba el silencio en la habitación, sólo se oía su respiración uniforme y el tictac del reloj con el cazador.

Si Karl Ivanovich advertía mi presencia, me quedaba en la puerta pensando:

«¡Pobre viejo! Nosotros somos muchos, jugamos y estamos alegres; en cambio, él está solo, y nadie le demuestra cariño.

Es verdad lo que dice, es un huérfano.

¡Y qué terrible es la historia de su vida!

Recuerdo como se la contaba a Nikolai.

¡Es terrible verse en su situación!»

Y era tal la compasión que sentía por él, que me acercaba, le tomaba la mano y le decía:

«"Lieber, Karl Ivanovich"».

Le gustaba oírlo, y cada vez me acariciaba emocionado.

En otra pared colgaban los mapas; casi todos estaban rotos, pero aparecían pegados con arte por la mano de Karl Ivanovich.

En el centro de la tercera pared se hallaba la puerta que daba a la escalera, y a un lado de ésta pendían dos reglas:

una llena de cortes, que era nuestra, y la otra, completamente nueva, de su "propiedad", que Karl Ivanovich empleaba más bien como estímulo que para trazar líneas;

al otro lado había un encerado en el que se señalaban nuestras grandes proezas, por medio de círculos, y las pequeñas por medio de crucecitas.

A la izquierda del encerado estaba el rincón en el que nos ponía de rodillas.

¡Qué añoranzas tiene para mí este rincón!

Recuerdo la rejilla de la estufa, el tiro y el ruido que producía cuando se ole daban vueltas.

A veces solía estar tanto rato en el rincón que empezaban a dolerme las rodillas y la espalda, y pensaba:

«Karl Ivanovich se ha olvidado de mí; él debe de estar tan a gusto sentado en su mullida butaca, leyendo la Hidrostática. ¿Y, en cambio, yo?»

Entonces, para que se acordara de mí, empezaba a abrir y cerrar la rejilla de la estufa o a rascar en el estuco de la pared; pero si por casualidad caía ruidosamente un pedazo demasiado grande, el miedo que pasaba era peor que el castigo.

Volvía la cabeza para mirar a Karl Ivanovich, pero éste continuaba con el libro en las manos, como si no viera nada.

En el centro del cuarto había una mesa cubierta con un hule negro roto que dejaba ver en muchos sitios los bordes llenos de cortes de navaja.

Alrededor de la mesa había varios taburetes sin pintar, cubiertos de pátina por el uso prolongado.

La cuarta pared tenía tres ventanas.

He aquí la vista que ofrecían:

ante ellas se extendía el camino del que me eran conocidos y queridos, desde hacía mucho tiempo, cada bache, cada guijarro y cada carril;

más allá, una alameda de tilos podados que dejaban entrever aquí y acullá una empalizada de ramas trenzadas;

al otro lado de la alameda se veía un prado;  
junto a éste una era, y enfrente, un bosque;  
a lo lejos se divisaba la pequeña "isba" del guarda.

Desde la ventana de la derecha se podía ver parte de la terraza en la que solían estar los mayores hasta la hora de comer.

A veces, mientras Karl Ivanovich me corregía el dictado, miraba a la terraza y veía la cabeza de cabellos negros de mi madrecita, alguna espalda, y oía confusamente conversaciones y risas.

Me sentía tan enojado de no poder estar allí, que pensaba:

«Cuando sea mayor, no estudiaré ni repetiré los diálogos, sino que estaré con las personas que quiero»

Después mi enojo se transformaba en pena o tristeza y solo Dios sabe en qué reflexiones me sumía, abstrayéndome hasta el punto de no oír a Karl Ivanovich que se mostraba enfadado por mis faltas.

Karl Ivanovich se quitó la bata, se puso un frac de color azul con los hombros fruncidos, se arregló la corbata ante el espejo y nos llevó abajo para saludar a mamá.

## CAPÍTULO II

"Maman"

Mi madre se hallaba sentada en el salón, sirviendo el té.

Sujetaba con una mano la tetera y tenía la otra en el grifo del "samovar", del que salía agua que se desbordaba por encima de la tetera y caía en la bandeja.

A pesar de tener los ojos fijos en todo aquello, no se daba cuenta de nada, ni tampoco de que habíamos entrado.

Son tantos los recuerdos del pasado que acuden a la memoria cuando trato de resucitar en la imaginación los rasgos del ser querido, que aparecen confusos a través de esos recuerdos, lo mismo que a través de las lágrimas.

Son las lágrimas de la imaginación.

Cuando quiero recordar a mi madre tal como era en aquella época sólo se me representan sus ojos castaños, siempre llenos de amor y bondad;

un lunar que tenía en la nuca, un poco más abajo del nacimiento de los cabellos;

el cuellecito blanco bordado de su vestido, y su delicada mano enjuta, que tan a menudo me acariciaba y que yo solía besar con tanta frecuencia, pero se me escapaba el conjunto de su expresión.

A la izquierda del diván había un viejo piano inglés; mi hermanita Liubochka, una niña de tez morena, se hallaba sentada ante el piano.

Tocaba con visibles esfuerzos un estudio de Clementi con sus deditos enrojecidos, recién lavados con agua fría.

Tenía once años; llevaba un vestido corto de hilo y pantaloncitos blancos con puntilla.

Sólo podía coger las octavas en forma de arpeggio.

Junto a ella, permanecía sentada de medio lado María Ivanovna.

Llevaba una cofia con cintitas rosas y una chaqueta azul.

Su rostro rojo y enfadado adoptó una expresión severa en cuanto entró Karl Ivanovich.

Después de dirigirle una mirada amenazadora y sin contestar a su saludo, siguió llevando el compás con el pie, mientras cantaba:

—"Un, deux, trois, un, deux, trois" —en voz más alta y tono más autoritario que antes.

Sin prestar atención a esto, el preceptor saludó como de costumbre, en alemán, a mi madre, que se recobró en el acto, y movió la cabeza como si con ese gesto quisiera alejar las ideas tristes.

Tendió la mano a Karl Ivanovich y le besó la sien surcada de arrugas, mientras él le besaba la mano a su vez.

—"Ich danke, lieber Karl Ivanovich".

Y prosiguiendo en alemán, le preguntó:

-¿Han dormido bien los niños?

Nuestro preceptor era sordo de un oído.

En aquel momento, con el ruido del piano no oyó absolutamente nada.

Se inclinó sobre el diván, se apoyó en la mesa y manteniéndose con un pie esbozó una sonrisa que me pareció entonces del más exquisito refinamiento.

Luego levantó el gorrito por encima de su cabeza y dijo:

-¿Me perdonará usted, Natalia Nikolaievna?

Nunca se quitaba el gorrito rojo para no enfriarse la cabeza, pero cada vez que entraba en el salón pedía permiso para permanecer cubierto.

-Póngaselo, Karl Ivanovich...

Le pregunto si han dormido bien los niños -dijo "maman", acercándose a él y elevando bastante la voz.

Pero esta vez Karl Ivanovich tampoco oyó nada;

Se cubrió la calva con el gorrito colorado y sonrió aún más amablemente.

-Espera un momento, Mimi -dijo "maman" a María Ivanovna con una sonrisa-

No se oye nada.

Cuando mi madre sonreía, su rostro, tan bello de por sí, tornábase incomparablemente más hermoso y todo parecía alegrarse alrededor suyo.

Si pudiese percibir esa sonrisa en los momentos penosos de la vida, no hubiera sabido lo que es el dolor.

Me parece que es precisamente en la sonrisa donde reside lo que suele llamarse la belleza de un rostro.

Si la sonrisa le añade encanto, se trata de un semblante perfecto; si no lo altera es corriente, y si lo estropea es feo.

Después de saludarme, "maman" me cogió la cabeza entre las manos, la echó hacia atrás, me miró fijamente y dijo:

-¿Has llorado?

No le contesté.

Me besó los ojos y preguntó en alemán:

-¿Por qué has llorado?

Cuando nos hablaba amorosamente, lo hacía siempre en ese idioma, que conocía a la perfección.



-Ha sido en sueños -le dije, recordando el sueño inventado con todo detalle y estremeciéndome ante esa sola idea.

Karl Ivanovich confirmó mi respuesta sin mencionar para nada el sueño.

Después de cambiar unas palabras acerca del tiempo -en cuya conversación tomó parte Mimí-, "maman" puso seis terrones de azúcar en la bandeja para algunos criados respetables y se acercó al bastidor que se hallaba junto a la ventana.

-Bueno, ahora id a saludar a papá y decidle que no deje de venir a verme antes de ir a la era.

De nuevo resonó el piano.

María Ivanovna se puso a contar para llevar el compás y nos acompañó con miradas amenazadoras, según nos retirábamos.

Atravesamos la habitación, que desde los tiempos del abuelito había conservado el nombre de "ofitsianskaia"[1], y entramos en el despacho.

-----

[1] Especie de "office".

-----

### CAPÍTULO III

Papá

Mi padre se hallaba junto al escritorio.

Señalando un montón de sobres, documentos y fajos de billetes, hablaba acaloradamente a Yakov Mijailov, el cual permanecía en su sitio habitual, entre la puerta y el barómetro.

Tenía la manos en la espalda, y movía los dedos rápidamente en distintas direcciones.

Cuanto más se acaloraba mi padre, tanto más rápidamente movía los dedos Yakov.

Cuando papá callaba, dejaban de moverse los dedos de Yakov, pero cuando este empezaba a hablar, sus dedos llegaban a la máxima agitación y saltaban desesperados en todas direcciones.

Me parece que por esos movimientos se hubieran podido adivinar sus ideas más recónditas.

Sin embargo, su rostro estaba siempre sereno y expresaba el convencimiento de su propia dignidad, así como la sumisión.

Era como si dijese:

«Yo tengo razón, pero hágase su voluntad.»

Al vernos, papá se limitó a decir:  
-Esperad, en seguida os atenderé.

Y con un movimiento de cabeza señaló la puerta, para que alguno de nosotros la cerrara.  
-¡Dios mío! ¿Qué te pasa hoy? -le dijo al administrador, alzando un hombro según su costumbre-

He aquí un sobre con ochocientos rublos...

Yakov acercó el ábaco, puso ochocientos y, fijando la mirada en un punto indefinido esperó la continuación:

-... para los gastos de la casa durante mi ausencia. ¿Comprendes? Tienes que cobrar mil rublos del molino, ¿no es eso?

Te han de devolver ocho mil de las fianzas al Estado;

por el heno que, según tus propios cálculos, pueden venderse siete mil "puds", pongamos a cuarenta y cinco "copecs" el "pud", cobrarás tres mil.

Por consiguiente, tendrás en total unos doce mil rublos ¿no es eso?

-Sí, justamente -asintió el administrador.

Por la rapidez con que movía los dedos me di cuenta de que iba a objetar algo, pero mi padre se le adelantó:

-De ese dinero enviarás diez mil rublos al Consejo por la finca de Petrovskoie.

Ahora bien: en cuanto al dinero que hay en la oficina -Yakov puso doce mil y luego veintiun mil en el ábaco -lo anotarás en las salidas, con fecha de hoy.

Yakov desbarató la cuenta del ábaco dándole la vuelta.  
Probablemente quería demostrar con eso que el dinero desaparecería de la misma manera.

Mi padre añadió después:

-Ese sobre con dinero lo entregarás al destinatario de mi parte.

Me encontraba cerca de la mesa y eché una ojeada al sobrescrito.

Ponía:

«Para Karl Ivanovich Mauer».

Dándose cuenta de que había leído algo que no me incunbía, papá me puso una mano en el hombro y me indicó, por medio de un ligero movimiento, que me apartase de la mesa.

No entendí si se trataba de una caricia o de una observación; pero, por si acaso, besé la gran mano surcada de venas que descansaba en mi hombro.

—Muy bien —exclamó el administrador—;  
¿y qué debo hacer con el dinero de Jabarovka?

Jabarovka era la aldea de mi madre.

Déjalo en la oficina.No se te ocurra gastarlo sin que te lo ordene yo.

Yakov calló por espacio de unos segundos;  
después sus dedos se agitaron con redoblada velocidad y, cambiando la  
expresión de sumisa estupidez con que escuchaba las órdenes de su señor  
por otra sagaz y astuta que le era peculiar, acercó el ábaco y dijo:

—Permítame que le diga, Piotr Alexandrovich, que si procedemos como usted  
quiere, no podremos pagar al Consejo en el debido plazo.

Me acaba de decir que nos pagarán las fianzas, lo del molino y el heno —  
advirtió marcando esas cantidades en el ábaco—.

No nos vayamos a equivocar en nuestros cálculos —añadió después de un  
breve silencio, mirando a mi padre con expresión reconcentrada

—¿Por qué?

—Pues verá:  
respecto a lo del molino, por ejemplo, el molinero ha venido ya dos veces  
a pedirme una prórroga;  
jura y perjura que no tiene dinero...  
Precisamente está aquí ahora.  
¿Quiere hablar con él personalmente?

—¿Qué dice? —preguntó papá.  
E hizo un movimiento de cabeza para indicar que no quería verlo.

—Lo de siempre.  
Que no ha habido casi molienda y que ha tenido que emplear el dinero en  
la presa.

Y si lo echamos, señor, ¿sacaremos alguna ventaja?

En cuanto a las fianzas, me dijeron, y creo habérselo comunicado ya, que  
será difícil cobrarlas pronto.  
Hace unos días mandé un carro de harina y una notita acerca de ese asunto  
a casa de Ivan Afanasiev.

Me contestó que le agradecería mucho poder hacerlo por usted, pero que no  
depende de él.  
No creo que cobremos antes de dos meses.

Referente al heno, supongamos que se venda por valor de tres mil  
rublos...

Yakov marcó la cantidad y calló durante un momento mirando ora a mi  
padre, ora al ábaco, con una expresión que parecía significar:

«Ya ve lo poco que es eso.  
Además, hemos de perder en el heno si lo vendemos ahora, bien lo sabe usted...»

Era evidente que Yakov tenía aún una gran provisión de argumentos.  
Mi padre le interrumpió:

—No he de cambiar mis disposiciones—dijo—. Pero en el caso de que haya demora en el cobro de ese dinero, no quedará más remedio que echar mano a los fondos de Jabarovka.

Por la expresión del rostro y de los dedos del administrador, se veía que esta orden había sido de su agrado.

Yakov era un siervo extremadamente fiel.  
Como todos los buenos administradores, se mostraba avaro en sumo grado con respecto a los intereses de su señor y tenía las ideas más extrañas sobre los beneficios de éste.

Siempre deseaba aumentar los bienes de su amo a costa de la finca de la señora, procurando demostrar que era imprescindible emplear todos los ingresos de su finca para Petrovskoie (la aldea en que residíamos).

En aquel momento estaba muy contento por haber tenido un éxito completo.

Después de saludarnos, papá nos dijo que ya no éramos pequeños, que había llegado la hora de estudiar en serio.  
No podíamos seguir holgazaneando en la aldea.

—Creo que sabéis que esta noche me voy a Moscú y os llevo conmigo —dijo—. Viviréis en casa de la abuela.

"Maman" se quedará aquí con las niñas.  
Bien podéis figuraros que su único consuelo será saber que estudiáis bien y que estáis satisfechos de vosotros.

Aunque esperábamos algo extraordinario debido a los preparativos que se hacían desde hacía varios días, esa noticia nos sorprendió terriblemente.

Volodia, que se había sonrojado, transmitió el encargo de mamá con voz trémula.

«Esto es lo que auguraba mi sueño—pensé—. Quiera Dios que no pase algo aún peor.»

Sentí grandísima compasión por mi madre;  
pero, al mismo tiempo, me alegraba la idea de que fuéramos grandes.

«Si nos vamos hoy, probablemente no habrá clase, ¡es magnífico! —pensé—. Sin embargo, da lástima de Karl Ivanovich.

Seguro que lo despedirán;  
de otro modo, no le habrían preparado el sobre...

Mejor sería estudiar un siglo entero que separarnos de mamá y afligir al pobre Karl Ivanovich.  
¡Ya es bastante desdichado sin eso!»

Tales ideas se agolpaban en mi cabeza mientras permanecía inmóvil mirando fijamente los lacitos negros de mis zapatos.

Papá cambió unas palabras con Karl Ivanovich sobre el descenso de temperatura, ordenó a Yakov que no diese de comer a los perros y, en contra de lo que esperaba, nos mandó a estudiar, consolándonos, no obstante, con la promesa de llevarnos de caza.

Cuando me dirigía hacia arriba, pasé corriendo por la terraza. Junto a la puerta, "Milka", la perra galga, preferida de mi padre, se calentaba al sol con los ojos entornados.

—"Milochvka" —dije, acariciándola y besándola en el hocico—, hoy nos vamos.

¡Adiós!

Ya no nos veremos más.

Conmovido, me eché a llorar.

Ya no nos veremos más. Conmovido, me eché a llorar.

#### CAPÍTULO IV

##### Las clases

Karl Ivanovich estaba de muy mal humor.

Esto se notaba por su ceño fruncido, por el ademán con que arrojó el frac sobre la cómoda, por el gesto de enfado con que se ciñó el cinturón y por la energía con que señaló con la uña la página del libro de los diálogos hasta donde teníamos que aprender.

Volodia estudió bastante;

en cambio, yo estaba tan disgustado que no pude hacer nada.

Durante mucho rato permanecí mirando estúpidamente el libro, pero las lágrimas que me arrasaban los ojos ante la idea de la separación me impedían leer.

Cuando llegó el momento de dar la lección, Karl Ivanovich, que me escuchaba con los ojos fruncidos (eso era un mal síntoma), precisamente en el sitio en que uno dice:

«"Wo kommen sie her"», y el otro contesta:

«"Ich komme vom Kaffe-Hause"», no pude contener los sollozos, que me impidieron pronunciar:

«"Haben sie die Zeitung nicht gelesen?"».

Al llegar la hora de la caligrafía hice muchos borrones a causa de las lágrimas que caían en el papel;

era como si hubiera escrito con agua sobre papel de envolver.

Karl Ivanovich se enfadó mucho.

Me puso de rodillas y dijo que se trataba de una terquedad, de una comedia de muñecos (era su frase preferida).

Y amenazándome con la regla, exigió que le pidiera perdón, cuando yo no podía pronunciar una sola palabra, ahogado por los sollozos.

Por fin, dándose cuenta probablemente de su injusticia, se fue al cuarto de Nikolai, después de cerrar la puerta con violencia.

En la sala se oía la conversación desde el cuarto del criado.

—Nikolai, ¿sabes que los niños se van a Moscú? —preguntó Karl Ivanovich entrando.

—Sí, claro.

Por lo visto, Nikolai iba a levantarse, porque Karl Ivanovich dijo:

—Quédate sentado, Nikolai.

Después cerró la puerta.

Salí del rincón y me acerqué a la puerta para escuchar.

—Por mucho bien que uno haga a la gente y por más fiel que sea, se ve que no se puede esperar agradecimiento, ¿verdad, Nikolai? —dijo Karl Ivanovich, emocionado.

Nikolai, que se hallaba junto a la ventana, arreglando unos zapatos, movió afirmativamente la cabeza.

—Hace doce años que vivo en esta casa y puedo jurar ante Dios —continuó Karl Ivanovich, levantando los ojos y la petaca al techo— que los he querido y me he ocupado de ellos más que si se tratara de mis propios hijos.

¿Recuerdas, Nikolai, cuando Volodienka tuvo aquellas fiebres cómo estuve nueve días junto a su lecho sin cerrar los ojos?

He sido bueno mientras me necesitaban.

En cambio, ahora —añadió sonriendo irónicamente— "los niños son mayores y tienen que estudiar en serio".

¿Acaso no estudian aquí, Nikolai?

—Me parece que estudian bastante —opinó éste, dejando la lezna y tirando con ambas manos del hilo encerado.

—Ahora ya no me necesitan; por tanto, quieren echarme.

¿Dónde están las promesas?

¿Dónde está el agradecimiento?

Respeto y aprecio a Natalia Nikolaievna —declaró, llevándose una mano al pecho—.

¿Pero ella, qué es ella?

Su voluntad en esta casa es lo mismo que esto —añadió, arrojando con gesto significativo un trozo de cuero al suelo—.

Sé de quien viene esa idea y por qué no se me necesita ya:

es porque no adulo ni me muestro conforme con todo, como "otras gentes". Estoy acostumbrado a decir la verdad siempre y ante todos —concluyó con orgullo—.

¡Que se queden con Dios!

Por despedirme no se van a hacer ricos.

Yo, por mi parte, como el Señor es misericordioso, no dejaré de encontrar un pedazo de pan.

¿No crees, Nikolai?

El criado levantó la cabeza y miró a Karl Ivanovich como preguntándole si realmente sería capaz de encontrar un pedazo de pan; pero no dijo nada.

Durante largo rato, nuestro preceptor habló en este sentido.

Contó cuánto mejor habían sabido apreciar sus servicios en casa del general donde había estado antes (me resultó muy doloroso oír esto), habló de Sajonia, de sus padres, de su amigo, del sastre Schönheit, etc.

Yo compartía su pena.

Me dolía que mi padre y Karl Ivanovich, a los que quería casi igual, no se hubiesen comprendido.

Volví de nuevo al rincón y me puse en cuclillas, reflexionando en la manera de reconciliarlos.

Al volver a la sala de estudios, Karl Ivanovich me mandó que me levantara y preparara el cuaderno para el dictado.

Una vez que todo estuvo dispuesto, se dejó caer majestuosamente en la butaca y, con una voz que parecía salir de unas profundidades, empezó a dictar lo siguiente:

«"Von al-len Lei-den-schat-ten die grau-samste ist...haben sie geschrieben".»

En esto se detuvo, aspiró lentamente un poco de rapé y reanudó el dictado con nuevas fuerzas:

«"Die Grausamste ist die Un-dank-bar-keit... Ein grosses U".»

Cuando hube escrito la última palabra, lo miré mientras esperaba la continuación.

—"Punktum" —exclamó con una sonrisa imperceptible.

E hizo una seña para que le entregáramos los cuadernos.

Leyó varias veces con distintas entonaciones y expresión de placer esa sentencia, que expresaba su pensamiento secreto; después, nos puso la lección de Historia y se sentó junto a la ventana.

Su rostro ya no estaba tan sombrío como antes; en aquel momento expresaba la satisfacción del hombre que se ha vengado de un modo digno por la ofensa inferida.

Era la una menos cuarto; pero, al parecer, Karl Ivanovich no pensaba dejarnos marchar; no hacía más que ponernos nuevas lecciones.

El aburrimiento y el apetito aumentaban en la misma medida.

Con gran impaciencia, seguía todos los síntomas que anunciaban la proximidad de la comida:

la criada que pasa con un estropajo en la mano, el ruido de la vajilla que sacan del aparador, cómo extienden la mesa y colocan las sillas...

He aquí a Mimí con Liubochka y Katienka (ésta era una niña de doce años, hija de la institutriz) que vienen por el jardín; pero no aparece Foka, el mayordomo, quien suele anunciar que la comida está servida.

Sólo entonces podremos arrojar los libros y bajar corriendo sin hacer caso de Karl Ivanovich.

Se oyen unos pasos en la escalera, pero no son los de Foka. He estudiado su manera de andar y reconozco siempre el crujido de sus botas.

Se abre la puerta y aparece una figura desconocida.

## CAPÍTULO V

El bienaventurado

Entró un hombre de unos cincuenta años



